

EL OBRERO

PERIÓDICO MENSUAL

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN OBRERA DE SALAMANCA ::

Año II SE REPARTE GRATIS

Salamanca, 10 de Enero de 1915.

Dirección y Administración
- ARCO DE LA LAPA, 4 -

Núm. 10

EL ACTO DEL DOMINGO

Formidable protesta contra el impuesto sobre las carnes

Mitin de la Federación Obrera y los ferroviarios.

Una vez más la clase trabajadora salmantina, cumpliendo con su deber, se ha congregado en un mitin para exteriorizar su pensamiento en una cuestión importantísima de carácter local.

Una vez más se ha demostrado que no hay en Salamanca otra fuerza social organizada que la obrera, y se ha patentizado que esta clase es la única que tiene derecho a ser atendida, porque sólo ella estudia, sólo ella afronta y propone soluciones a todos los problemas que afectan a la colectividad con una competencia superior al de las otras.

Enfrente de los sostenedores del impuesto de consumos, caciques, intermediarios, matuteros y cuantas gentes viven a la sombra de los consumos, se alza vigorosa la clase obrera.

Los enemigos de la sustitución de los consumos son muchos, y sin combatir de frente, sin dar la cara, no perdonarán medio alguno para hacer fracasar la reforma.

Pregonan la bancarrota de la hacienda municipal; sostienen que la reforma no proporcionará beneficio alguno, porque lo que se deje de pagar por consumos se habrá de satisfacer en otra forma y anuncian que los artículos que estaban sujetos al adeudo no sufrirán baja alguna.

Pero la clase obrera conoce estas argucias y no se dejará engañar.

Y a la campaña de los defensores declarados y ocultos de los consumos, contestará debidamente.

La primera batalla se ha ganado, y los obreros no cejaremos hasta que *por completo y para siempre* desaparezca el odioso impuesto, y el grito de **¡abajo los consumos!** que lanzábamos ayer, será sustituido por el de **¡abajo el impuesto sobre las carnes!**

Mucho antes de la hora señalada para la celebración del mitin, el amplio salón de la Federación Obrera se hallaba materialmente ocupado de público, que allí se había congregado deseoso de escuchar a los oradores que en él iban a tomar parte.

En todos los semblantes se retrataba el entusiasmo, y podemos

decir, sin temor a equivocarnos, que los que allí estaban reunidos, todos, absolutamente todos, iban animados de la misma idea: la de dar con su presencia una prueba inequívoca de su protesta contra la labor ambigua realizada por el Ayuntamiento en la confección del presupuesto municipal y mostrar, a la vez, el desagrado con que habían visto las modificaciones que a los mismos hiciera el encargado de visarlos y aprobarlos.

No iban allí, a oír, pasivamente, las *vociferaciones de la inconsciencia*, como alguien ha dicho, pretendiendo restar, *a priori*, importancia al hermoso acto que la Federación Obrera y ferroviarios de Salamanca celebraron el pasado domingo, sino que acudían como un solo hombre a dar su consentimiento, a prestar su apoyo a los denodados paladines que en el mitin tomaron parte.

En la plataforma vimos a la casi totalidad de los individuos que constituyen este Comité de Federación Obrera, a los señores Unamuno, que ocupaba el sitio preferente y que le corresponde por su calidad de Presidente honorario de las Sociedades Obreras y los señores Salamanca y Pascua, representando a los excursionistas, y otras distinguidas personalidades que sentimos no recordar. También se hallaba representada la prensa local por *El Adelanto*, *El Castellano* y *El Salmantino*.

EL ACTO

A las once y diez el compañero Manuel Ruiz da comienzo al mitin, posesionando de la presidencia del mismo al señor Unamuno, el cual concede la palabra al compañero

Rafael de Castro, tipógrafo.

Compañeros, ciudadanos: Aun no hace un mes, comienza diciendo, que con motivo de la carestía de los artículos de primera necesidad, carestía que vino a agravar aun más la situación de los modestos obreros, esta Federación, en unión de los ferroviarios, hizo una enérgica protesta. Hoy recurrimos en la misma forma que la vez anterior, a protestar del impuesto que grava las carnes frescas y saladas, impuesto que a la mayoría del pueblo de Salamanca nos perjudica grandemente y que pudiera reportar seria trascendencia.

Pocos conocimientos tengo para juzgar los presupuestos municipales, pero dentro de esos escasos conocimientos, tengo que advertir que los presupuestos actuales es un verdadero desbarajuste. No se a quién culpar de ello, pero tal vez estén confeccionados maliciosamente, para obligar a los elementos que abrigamos una actitud hostil contra el odioso impuesto de

consumos, el que este impuesto se restablezca. Si así es, me lamento de ello.

¡Qué fatalidad tenemos los trabajadores! Siempre hemos de ser la víctima del sacrificio; siempre hemos de pagar culpas que no tenemos; sobre nosotros siempre ha de recaer la desgracia, la verdadera desgracia. Si a alguien se perjudica con ese impuesto, unos de ellos somos nosotros.

Cuando gozosos estábamos porque al fin desaparecía el impuesto de consumos, viene otro impuesto sustitutivo de éste que aun nos perjudica más. ¿Qué nos importa a nosotros que queden libres de impuesto una porción de artículos insignificantes si les pagamos al mismo precio que antes? ¿Sabéis para quien es el beneficio? Para los industriales y para los capitalistas.

El obrero, como su jornal no le permite hacer sus compras al por mayor, tiene que comprar una libra del artículo A ó un kilo del artículo B, y siendo la compra escasa, no puede experimentar rebaja. Luego el producto es para el industrial. Al capitalista también se le beneficia porque realiza sus compras al por mayor, y porque artículos que el obrero no puede consumir, quedan eximidos de todo impuesto.

El único que ahora más desahogadamente podríamos consumir los trabajadores, es el de la carne, tanto fresca como salada, pero con el impuesto establecido, se nos imposibilita para ello. Poco era el consumo que hacíamos de este artículo, pero en la actualidad será menor. Ya sabemos la misión a que estamos condenados: el no salir de las tristes patatas, del arroz ó de la alubia.

Aun habrá quien diga que los obreros somos exigentes, que pedimos sin razón y sin derecho. Sin duda se querrá escupir vergonzosamente en nuestro rostro, se querrá someternos a una esclavitud de antigua usanza, para lograr agotar nuestra débil sangre.

Por lo tanto, yo tengo que combatir el impuesto de las carnes, y todos los trabajadores debemos protestar de él, y no solamente por medio del mitin, como lo hicimos con el problema de las subsistencias, pues entonces dimos pruebas de nuestra buena educación y cordura y tal vez por ese hecho no se nos atendió.

Ahora, sólo me resta decir, para terminar, que este asunto no lo echemos al olvido, que trabajemos todos con verdadero interés para que el impuesto de las carnes desaparezca, que recurramos a todos los procedimientos necesarios, cueste lo que cueste, y si es preciso, a la paralización del trabajo antes de ver atropellados

nuestros derechos, pues de consentir el atropello, se nos tacharía de cobardes, y sepa todo el mundo que los obreros no tenemos nada de cobardes.

Una vez hecho el silencio y apagados los aplausos tributados al joven secretario de la Federación, ocupa la tribuna el compañero

Guerra, ferroviario.

Comienza diciendo que va a tratar de un problema que interesa a España en general y particularmente a Salamanca, pero que todavía está sin resolver.

El acto que hoy celebra esta Federación Obrera, en unión de los sindicatos ferroviarios, tiene íntima relación con otro que ya se ha tratado en este mismo sitio: el de las subsistencias.

Canalejas hizo la ley sustitutiva del impuesto de Consumos; pero la obra de este malogrado demócrata ha sido obstaculizada posteriormente por muchos.

En 1905 se aprobó una ley que abolía los impuestos sobre los artículos llamados de consumo, y a base de esto confeccionó el presupuesto actual nuestro Ayuntamiento y la Junta de asociados.

Van los presupuestos a la autoridad gubernativa, y ésta, que no tiene otra misión que protestarlos ó aprobarlos, devolviolos con muchos reparos, que la Junta de asociados aceptó.

Uno de ellos, el primero, era oponerse al reparto vecinal sin haber agotado antes otros recursos.

Y ordenó que se gravaran las carnes, cosa que no era pertinente, porque los presupuestos confeccionáronse a base de la abolición de los impuestos que gravan los artículos de consumo.

Este es el primer vicio de nulidad de los presupuestos municipales.

El segundo, es que los individuos que constituyen la Junta de asociados no fueron citados con las cuarenta y ocho horas que marca la ley, sino solamente con veinticuatro. Además, los presupuestos no han sido expuestos al público para que formule reclamaciones.

El tercero, es que las modificaciones propuestas por el Gobernador no pueden aceptarse con arreglo a la ley, porque hay que evitar que resulte un enorme déficit en la hacienda municipal, puesto que no se autoriza por el Gobernador la aplicación del artículo 36 de la ley municipal, que autoriza el reparto vecinal.

Por eso—dice—protestamos aquí de esos presupuestos, pidiendo su anulación, porque el único que sale perjudicado es el obrero, por imponerle el gravamen que antes pesaba sobre las carnes, más otros muchos, quedando de este modo peor que antes.

(Varias voces salen del público, que grita: ¡Abajo el impuesto sobre las carnes!)

Además—prosigue diciendo—las carnes, superfluas para el obrero, como son conejos, perdices, etc., no nos importa á nosotros que se gravan, porque, gravadas ó sin gravar, la cazuela del obrero nunca contiene esas regalías.

Censura la labor de los confeccionadores de los presupuestos, salvando la responsabilidad de algunos concejales, diciendo que la realización de esta obra económica se hizo con el deliberado propósito de hacerla mal para que no fueran viables.

En Diciembre de 1913 se nos prometió que para el 14 los presupuestos se confeccionarían con tiempo suficiente; pero esa promesa no ha sido cumplida. Esta labor no puede hacerse en un mes, ni en varios días, requiere calma y tiempo.

Refiere que algún concejal llamó la atención del Alcalde para que se hicieran con tiempo, pero no volvió el Ayuntamiento á ocupar de tal cosa y así es imposible que pueda hacerse administración.

Para terminar, dice que cree haber expuesto los puntos principales que originan el acto de protesta que se está realizando.

Nosotros—añade—os enteramos de la marcha de los acontecimientos en esta cuestión de tan vital interés.

Emplearemos y agotaremos todos los medios legales para llegar á la supresión total de los consumos, y si estos medios no son eficaces, entonces pudiera suceder que acudiéramos á otros más rápidos y expeditivos. No estamos dispuestos á consentir que no se nos atiendan, ni á permitir estas burlas. ¡Fuera todo impuesto que no deje vivir al obrero!

(En el público, y entre entusiastas aplausos, se oyen voces de ¡fuera todos!)

Aconseja el orador calma y prudencia, y dice que no es cierto que se proyecte celebrar una manifestación, puesto que no se ha solicitado la correspondiente autorización de la autoridad gubernativa.

Pero—concluye—no nos hace falta, porque nosotros sabemos hacer llegar á los Poderes Públicos esta enérgica protesta, haciéndoles ver que no podemos consentir la consecución del impuesto sobre las carnes, porque, si sigue, nuestra vida se hará imposible.

Al terminar su elocuente discurso, el compañero Guerra es ovacionadísimo.

Acto seguido se concede la palabra al ilustrado tipógrafo y concejal del Ayuntamiento de Salamanca compañero

Santa Cecilia

que comienza diciendo:

Ha sido aspiración constante de la clase trabajadora la sustitución del impuesto de consumos, porque todos los impuestos indirectos pesan sobre los obreros, y el impuesto de consumos tiene este defecto, pues al ir á comprar á la tienda no sabe el proletario lo que por consumos paga.

El trabajador consume el jornal íntegro en comer, mientras el rico no destina más que una parte de su renta, y el resto lo emplea en lujo y diversiones, que están exentos de toda clase de impuestos.

Los ricos se oponen á la transformación del impuesto de consumos, porque se han dado cuenta de que los impuestos han de ser directos y, por tanto, ellos serán los que han de pagar.

Con la sustitución de los consumos, el Ayuntamiento dejará de pagar el encabezamiento á la Ha-

cienda y se economizará el enorme gasto de personal que supone la extensa línea fiscal.

El impuesto del inquilinato no lo pagará el que abone una renta inferior á 15 pesetas mensuales, y como seguramente no hay ningún obrero que abone tal renta, resulta que los trabajadores no pagarán el impuesto de inquilinato.

No os dejéis llevar de los que dicen que ó todo ó nada, porque se más fácil el ir contra un impuesto que contra todos (voces: ¡que pague todo ó que no pague nada!); si os dejáis llevar de los que piden que ó todo ó nada, os manifestaré que eso es una habilidad de los que desean que continúen los consumos. (Aplausos).

La Junta de asociados sustituyó el impuesto de consumos y el Gobernador devolvió el presupuesto para que se incluyera el impuesto á las carnes, fundado en que se había hecho el reparto vecinal sin agotar todos los impuestos legales, y hay que hacer constar que la Junta de asociados hizo sus presupuestos legalmente.

Hay mucha gente interesada en que fracase esta reforma, porque ya les duele el bolsillo, porque van á ser los que van á pagar, y nosotros, con el impuesto de consumos, no comemos, y estamos dispuestos á seguir la campaña hasta conseguir que desaparezca el de la carne y á no consentir que el odioso impuesto de consumos vuelva á Salamanca.

Las autoridades han debido iniciar una campaña en favor del abaratamiento de las subsistencias y nada han hecho, y al pueblo toca ahora el obligar á que los comestibles bajen, pues va á haber comerciante que va á ganar muchos miles de pesetas.

Hay que insistir en que las autoridades emprendan esta campaña para que el pueblo se beneficie con la sustitución de los consumos.

Decía el compañero Guerra que los presupuestos debieron hacerse á principios de año, y eso es cierto, pues yo pedí repetidas veces en el Ayuntamiento que se confeccionaran los presupuestos para discutirlos con tiempo, y ni se reunieron las Comisiones, ni se hizo nada, y ahora se da el caso vergonzoso de que no se pueden cobrar algunos impuestos por no estar organizados los servicios, y la responsabilidad es del Ayuntamiento, que ha estado durmiendo el sueño de los justos, sin preocuparse para nada de los intereses del pueblo. (Grandes aplausos).

El señor Unamuno.

Empieza haciendo historia de cómo se discutió y aprobó por la Junta municipal de asociados, de que él formó parte, el presupuesto municipal, al que califica de hospiciano, por no conocerse su padre. Y ello debido—dice—á holgazanería de los concejales que van al Concejo á ser concejales y no á ejercer de tales, por vanidad más aun que por negocio.

La supresión de los consumos se votó por sorpresa. De haber previsto que podría suceder eso, tal vez no habrían estado en el salón algunos que estuvieron, y habrían acudido á él otros que faltaron. Cree que él, el orador, fué de los pocos, de los poquísimos que no se asustó de su obra.

Apenas ganada aquella votación, empezóse á hacer atmósfera contra su resultado y en vista de una revotación, á decir que era impopular la medida. Temióse una manifestación, llevada á cabo por consumidores, mas azuzada por otra clase, y la manifestación resultó la contraria. Y vuestra actitud aque-

lla noche—les dice á los obreros de la Federación—nos evitó acaso la vergüenza de una revotación. Vióse que frente á una opinión había otra, y que no era tan artificial y vana la contraria al impuesto de consumos.

Fué el presupuesto aprobado al Gobierno civil—continúa—y allí hubo contubernios y cábalas entre el Gobernador y el Alcalde. En el fondo tratábase de impedir que un presupuesto nuevo, con nuevos impuestos, que exigen dotes de energía para implantarlo, dificultaran la gestión del Alcalde. Supeditábase todo á que éste pudiera no encontrar obstáculos. Porque en Salamanca, dice el orador, no recuerda que en su tiempo haya habido Alcalde, pero ahora menos. El señor Marcos Martín, hombre honrado é inteligente, ni falto de buenas intenciones ni de saber é inteligencia, como Alcalde no existe. No sirve para el cargo. Es un colmo de debilidad é irresolución. Y luego, como los más de los concejales, actúa bajo la presión de la idea de la reelección.

Volvió el presupuesto á la Junta con los reparos del Gobernador y exigiendo se estableciese el impuesto de carnes frescas y saladas para poder llegar al reparto. Ni se pudo, ni se debió, ni convino no acceder á ello. Nada de él, ó todo ó nada. Si se hubiese rechazado el reparo, el presupuesto no habría sido aprobado, y hoy regiría el de 1914 con los consumos. Convenía, pues, por táctica, por zorra, acceder á lo mandado y no dejarse cazar.

Ganado el primer reduto, el segundo será más fácil de ganar. El impuesto de carnes será más fácil de suprimir. Y no se debe decir que se ha quedado peor.

Cierto que por de pronto vendrá un trastorno en la hacienda municipal. Conviene que así sea. Es el medio de que el Gobierno modifique la absurda ley de substitutivos. Además, el impuesto de carnes queda de tal modo establecido en Salamanca, con un personal de vigilancia tan escaso, que será ineficaz. Yo—dice el orador—que intervine en esto, lo hice adrede y dándome clara cuenta de que se hacía más ineficaz, de que el burlar el impuesto será facilísimo. Era preparar su supresión.

Y no se diga que habrá que volver á los consumos. Hay que ver quiénes lo piden y oír sus sofismas.

Acaso el fin de todo impuesto es tanto como subvenir á gastos públicos, compensar el reparto desigual de la riqueza, castigar á la fortuna. Y así debería establecerse, primero, los ingresos, imponiendo lo más que se pueda—es falso que en España los impuestos y contribuciones sean excesivos y se pague más que en otras partes—y luego, ver en qué se emplea, que siempre cabrá inventar gastos para su empleo.

Se dice que con todos los impuestos nuevos la más castigada será la clase media. Y merece serlo. Nuestra indecorosa clase media, abismo de cobardía, merece se la castigue hasta con banderitas de fuego, á ver si despierta. Lo que se llama pueblo reúnese con frecuencia aquí, en su casa, en la Casa del Pueblo, que es la de todos, pues esas puertas á todos, y á clase media lo mismo, están abiertas; el elemento oficial y directivo suele reunirse en eso que llaman reunión de fuerzas vivas—cuáles serán las muertas?—y las clases medias jamás se reúnen. No dan muestra de vida sino en las elecciones, yendo por lo común á votar á los más insignificantes y mediocres, genui-

nos representantes de su insignificancia y mediocridad. Nuestra clase media, comida de cobardía y de envidia, tiene el culto de la inepticia; festeja á los ineptos.

Había un dicho en Africa que decía que el sultán pega al árabe, éste al moro, el moro al judío, el judío al burro y el burro, como no tiene á quien pegar, da coces al aire; hasta que un día se le ocurra al burro cocear al judío y éste pegará entonces al moro, el moro al árabe y el árabe al sultán. Pues bien, el burro, harto de recibir palos, cocea ya al judío, pero éste se obstina en seguir pegándole en vez de volverse contra el que tiene arriba. De donde se deduce que nuestra cobardía y pordiosera clase media no merece consideración alguna mientras no conquiste su propia dignidad y su independencia.

Terminada la brillante oración del señor Unamuno, el secretario de la Federación da conocimiento de haber asistido los señores Salamanca y Pascua, representando la Juventud Excursionista.

Después leyó la presente carta de adhesión del señor Bernis:

«Sr. Presidente de la Federación Obrera de Salamanca.—Muy estimado amigo: Agradezco la invitación de ustedes para tomar parte en el mitin de hoy. Van ustedes á tratar de problemas que tienen para mí el mayor interés y hubiese tenido una satisfacción en acompañarles en la labor.

Una porción de razones me impiden ir hoy á esa Federación. Tenga usted por excusada mi ausencia y salude á nuestros amigos de la Federación, á todos los cuales y á usted deseo un feliz año nuevo. Suyo atento amigo q. e. s. m., Francisco Bernis.—Salamanca, 3-1-1915.»

También se dió lectura de esta otra carta de los dependientes de comercio:

«Sociedad de dependientes de comercio é industria de Salamanca.

Tengo el honor de acusar á usted recibo de su atento besalamano por el cual me invita á tomar parte en el mitin que ha de celebrarse en el día de hoy, á las once.

Lamento no poder aceptar su ofrecimiento, que agradezco, debido á la incompatibilidad de la hora con los deberes de mi cargo.

Yo le agradeceré haga constar el asentimiento y aplauso que merece y que por nuestra parte otorgamos á cuantos laboran en esa campaña tan loable, á la vez de significarles nuestra más completa identidad en aspiraciones que por ser justas nos son comunes.

Reciban nuestra adhesión más absoluta, á la vez que unir nuestra más ardiente protesta por las ilegalidades que á nuestro juicio se han cometido por quienes deberfan ser los más obligados al respeto de los derechos que á todos nos corresponden.

Mucho me complace ofrecer á esa Federación nuestro modesto concurso.

Dios guarde á usted muchos años.—Salamanca, 3 Enero 1915.—El presidente de la Sociedad de dependientes de comercio é industria, Victor Mulás.—Señor presidente de la Federación Obrera de Salamanca».

El oficio enviado al señor Gobernador que contiene las conclusiones aprobadas por los concurrentes al mitin, dice así:

«Señor Gobernador civil de la provincia.—Excelentísimo señor: En el mitin celebrado el día 3 del presente mes, organizado por la Federación Obrera y Unión Ferroviaria, se acordó enviarle las siguientes conclusiones:

1.ª y única.—Que se elimine del presupuesto municipal el arbitrio de carnes frescas y saladas, dejando referido presupuesto en la forma en que la Junta municipal lo acordó.

Dios guarde a V. S. muchos años. —El presidente, *Manuel Ruiz*; el secretario, *Rafael de Castro*; por la Unión Ferroviaria, el presidente, *Manuel Guerra*.—Salamanca, 3 de Enero de 1915.

Terminado el acto, una comisión se trasladó al Gobierno con el fin de entregar al señor Gobernador las conclusiones.

Este recibió á la comisión amablemente en su despacho, indicando que las transmitiría al presidente del Consejo de Ministros para ser atendidas.

En defensa de obreros panaderos

A fuerza de quebrantar mi cerebro he podido hilvanar estas mal extensas líneas que, por ser más, espero serán bien acogidas por mis compañeros los obreros panaderos.

Pensando constantemente estoy en la crítica situación porque atravesamos los obreros panaderos de esta ciudad, sin apartarme un momento de la esclavitud en la vida del panadero, y compartiendo con ellos la terrible jornada nocturna que tanto quebranta la salud de estos sufridos obreros, como lo demuestra el color cadavérico que ostenta nuestro rostro. Yo no sé por qué siempre tuve gran simpatía á esta clase trabajadora, aunque mucho es el cariño que profeso á todas las clases obreras, pero en especial á éstas sin duda por compartir las muchas fatigas del trabajo con ellos.

Al escribir estas pobres líneas, en estado de completa reflexión, puedo afirmar que hablo, no á impulsos de un entusiasmo momentáneo, sino eterno, ya que no sólo me entusiasmo con la realidad, siendo mi propósito hacer ver á los obreros panaderos salmantinos en la situación en que vivimos.

Bien podemos decir que vivimos para mal comer, mal descansar y mucho trabajar.

Celebraría que mis compañeros se pararan un momento á pensar lo que es el mundo, y, como consecuencia, vieran que no es más que un sueño, una ilusión. Pues siendo así, ¿por qué no procuramos vivir un poco libres, siquiera tener tiempo para recoger las caricias de nuestros hijos y darle la educación necesaria, sino que tenemos que prescindir de todo esto y hacer la vida del divorcio si queremos descansar, aunque no lo necesario?

Este el motivo que me anima á escribir este artículo, para hacer resurgir pronto el ánimo de todos y salir del postergamiento en que los obreros panaderos salmantinos vivimos.

Con respeto á las demás clases sociales y no queriendo ser más molesto, terminaré diciendo á mis compañeros que piensen lo que vale su precioso sudor que es pagado con una miseria y hagan respetar nuestros derechos por la odiada burguesía, para lo cual aconsejo la unión de todos y dejemos á un lado egoísmos personales, mirando por el bienestar de nuestros hijos que serán los que pongan fin á la excesiva explotación capitalista.

J. V. del Arco.
Obrero panadero.

Con el fin de dar á conocer detalladamente la protesta que esta Federación hizo del impuesto de las carnes, nos hemos visto obligados á retrasar la fecha del periódico.

CUENTO

Con propósitos severos en bien de la religión, hallábanse en reunión diferentes caballeros. Uno era subintendente, otro dueño de una tienda, otro exministro de Hacienda y así sucesivamente. —Hay que contener la cosa con toda severidad, porque cunde la impiedad de una manera asombrosa. —Esto dijo el más anciano, que era un sastre. —¡Viva el clerol! —¡Viva!—repitió un casero. —¡Viva!—gritó un escribano. Y mientras la gente pía se emociona y se arrebata, falta el tintero de plata que estaba en la escribanía. —Señores—dijo altanero uno de los más fogosos;— todos sois muy religiosos, pero aquí falta un tintero!... Y como á nadie convenga decir quién el caco fué, yo la luz apagaré y saquélo quien lo tenga. Sopló; por la sacristía tendióse el negro capuz; y cuando encendió la luz... faltaba la escribanía. **Vital Aza.**

AVISO

Por error de imprenta no se incluyó entre las sociedades que habían tomado acciones de la Cooperativa de construcción de casas baratas, que se publicó en el último número de EL OBRERO, á la sociedad de Canteros, cuya sección ha tomado seis acciones que dan un total de trescientas pesetas.

Lo que nos apresuramos á hacer público para satisfacción de dicha sección.— Por la Cooperativa, el secretario, *Antonio García Mansilla*.

Muerte sentida.

El día 16 del pasado mes fué conducido á la última morada el cadáver de un estimado compañero: Manuel García Méndez, infatigable luchador de la idea socialista.

Su muerte ha sido muy sentida por cuantos le tratamos y compartimos con él. La Agrupación Socialista está de duelo, porque ha perdido á uno de sus mejores propaladores.

Cuantas veces la Agrupación sufrió decaimiento, prestó su valioso concurso para que ésta encontrara un seguro restablecimiento. La idea socialista fué una de sus mayores ilusiones, demostrando hasta la hora de su muerte su inagotable pasión. Desde una edad bien temprana perteneció á la Agrupación, desempeñando dentro de ella, con constancia y entusiasmo, varios cargos.

Sus sentimientos estaban caracterizados de nobleza y sinceridad. En él siempre vimos una amabilidad sorprendente, una buena fe y unos sentimientos puros.

Su conversación era amena, agradable y con grandes conocimientos del ideal que defendía. Por todo ello logró alcanzar las simpatías de sus compañeros.

Una imponente manifestación de duelo acompañó al cadáver hasta la puerta de San Bernardo y, muchos de sus amigos, hasta el Cementerio. Su cuerpo iba envuelto en el estandarte socialista.

El entierro se efectuó civilmente, no sin antes dirigir uno de sus más queridos amigos, Gumersindo Jiménez, sentidas frases ensalzando sus dotes y doliéndose de su muerte, recomendando, para que se ejecute, el ejemplo que este compañero nos daba, ó sea el entierro civil.

Reciba toda su familia la expresión de nuestro sentimiento, así como los socialistas salmantinos que toman parte en el dolor.

Injusto, inmoral y odioso Abecedario del obrero

Estos son los tres adjetivos con que muy frecuentemente han motejado el impuesto de Consumos los impugnadores del mismo.

Efectivamente, es injusto, porque no puede ser equitativo un impuesto que hace pagar lo mismo al pobre que al rico; al que tiene dos pesetas de jornal cuando trabaja, que al que cobra, mensualmente, doscientas ó trescientas; al que tiene un millón ó más de renta anual, que al que tiene que mendigar para sustentarse.

El impuesto sobre los artículos que son la base del sustento, lo mismo del pobre que del rico, de la clase obrera, que de la clase media, por fuerza tiene que ser injusto, puesto que la única secuela, que de él se sigue, es que el coste de los alimentos se encarece, viniendo á perjudicar—es verdad—á los que mucho consumen, pero haciendo imposible la vida á los que no pueden consumir más que lo estrictamente necesario.

Es inmoral, porque merced á su permanencia se sostiene un verdadero ejército de vagos, mientras duran las horas de servicio, porque cualquiera cosa será trabajar menos que permanecer un hombre joven y sano horas y horas delante de la casilla tomando el sol, ó dentro de ella en amable coloquio con la botella del morapio, cosa que es justo reconocer que si lo hacen es por no aburrirse.

Esos hombres, por lo general, suelen trabajar algo durante las horas que el cumplimiento de su deber consumeril les dejó libres, y como tienen ya un sueldo fijo por desempeñar un cargo que no les fatiga mucho, se dedican al *chaperoneo*, que hacen, bien ó mal, siempre á un precio más barato que el que después de trabajar nueve ó diez horas, ya cansado de la ruda tarea cotidiana, cobra para poder cubrir las faltas de su casa, porque el exiguo jornal que le da un maestro no le permite atender á todas sus necesidades como fuera menester.

Suelen trabajar también, estos del *pincho*, con una fe y vehemencia extraordinarias cada dos años. Ya los habreis visto, allá por Noviembre, cayada al brazo y puro en boca, de tasca en tasca y de corro en corro, destacándose del acervo de muñidores, cazando votos para su concejal, que es, desde luego, el que le ha colocado ó le sostiene, ó ha de colocarle y sostenerle en cuanto entre en el Municipio. Esto verdaderamente sí que es trabajar... para poder llegar un día á no hacer nada.

Y es odioso, por eso, porque es injusto y porque es inmoral. Y por eso los obreros debemos de poner todo nuestro empeño en procurar que desaparezca de las administraciones municipales tan arcaico como indigno procedimiento de conseguir un acta de edil, que le sirva, al que la posea por esos medios, solamente para satisfacer sus pueriles vanidades, dándose pisto si llega á conseguir alguna tenencia, con lo cual se cree que ya ha cumplido con su deber de ciudadano y que es el hombre de más civismo de la capital.

A. Leoner y Mesa.

SOCIOS FALLECIDOS

He aquí los compañeros fallecidos durante el pasado mes de Diciembre:

Julián Hernández, de la sección de carpinteros.
Julián Hernández, de albañiles.
Manuel García, de oficios varios.

A.—Asociación.—Palabra mágica, sésamo que te abrirá las puertas del bienestar y de la paz.

B.—Base para conseguir tu redención será, si sabes lo que la primera palabra de este *Abecedario* significa.

C.—Cadena.—Rompe de una vez y para siempre, la en que te aprisionan, no solamente el burgués, sino tu falta de ideales y sobra de prejuicios.

D.—Derecho.—Todos lo tenemos á la vida, pero sobre todo tú, que eres el que produces y trabajas para que otros vivan en la holganza.

E.—Esclavo.—Denominación que antiguamente se daba á los que estaban bajo el dominio de otra persona. Sin embargo, aquellos eran más libres que tú, que eres siervo de toda una clase, menos fuerte que la tuya, porque es menos numerosa.

F.—Faro.—El único que á buen puerto puede conducirte es el estudio y la ilustración: su luz, por muy intensa que sea, jamás podrá cegarte, aunque haya quien, engañándote, tenga interés en hacerte creer lo contrario.

G.—Generosidad.—La debes de tener siempre, aun con aquellos que, más por ignorancia que por malicia, no estén á tu lado.

H.—Héroe.—Tú lo eres más que nadie, porque sacrificas tu existencia obscuramente, en aras del trabajo, que es el verdadero pedestal en donde se sostiene la patria.

I.—Ideal.—Sólo debes de tener esperanzas en éste: la unión de todos los trabajadores del mundo.

J.—Jornal.—Jornada.—Procura á todo trance acortar ésta y elevar aquél, con lo que, además de prolongar tu existencia, lograrás que trabajen los que hoy no tienen ocupación y los que no la quieren buscar.

K.—Koch.—Eminente médico alemán del que, por desgracia, pocos obreros tienen noticias, y menos de sus consejos profilácticos contra la tuberculosis.

L.—Labora incesantemente por el bien de la clase obrera, aunque tengas que imponerte algunos sacrificios y amarguras, que serán benditos, en el porvenir, por tus hijos.

Ll.—Llorar.—Palabra de cobardes. No llores nunca: exige.

M.—Mártir.—Significa testigo; testigo quiere decir que presencia, que da fe de una cosa. Tú eres un mártir, porque presencias las injusticias de que es objeto tu clase y das fe de ellas, sin que á tus labios asome la protesta.

N.—Nobleza.—Muchos la compran á fuerza de oro y la guardan en pergaminos escrita. Tú ni la compras ni la guardas: la exhibes, porque la tienes por derecho propio; las manchas y girones de tu blusa pregonan que no hay nobleza más noble que la adquirida á fuerza de trabajo y de honradez.

O.—Obrero.—Es una palabra que, aunque todos debieran pronunciarla con veneración, sin embargo hay quien lo hace en tono despectivo: ese es un imbécil que se cree superior á tí y no sabe que eres tú la fuerza que lo sostiene.

P.—Palanca.—La más potente y eficaz para lograr tus justos anhelos, es la de la solidaridad con los que, como tú, están tan ahitos de miseria como faltos de justicia.

Q.—Querer es poder.—No digas que no puedes hacer algo por tu emancipación, di más bien que no quieres.

R.—Renovación.—Revolución.

Atiende principalmente a la primera palabra, si no quieres que la segunda sea una de tantas, vana y falta de sentido.

S.—Solidaridad.—Virtud sublime, que debe ser objeto exclusivo y punto de mira para tu mejoramiento.

T.—Trabajo.—Nadie absolutamente tiene derecho a eludir su ley, que si es demasiado dura para tí, es porque hay muchos holgazanes que deben trabajar, pero que permanecen en la holganza porque tú se lo consientes.

U.—Unión.—Es lo primero que necesitas para alcanzar tu victoria. Unión, unión, unión.

V.—Vivir no es sólo existir, permanecer en un estado opuesto a la muerte: es también tener alegría, paz, abundancia, trabajo. De estas cuatro cosas te faltan, casi siempre, las tres primeras, y cuando tienes la dicha de tener la última, es tan excesivo, abrumador y miserablemente remunerado, que no te deja tiempo para gozar de la vida, a lo cual tienes perfecto derecho.

Y.—Yerro.—Incurres en un grandísimo al suponer que tu calidad de obrero te veda mezclarte en las cuestiones sociales. Tú eres el más interesado en ese que llaman problema y tienes obligación de tomar parte activa en su solución.

Z.—Zafio.—No te avergüences cuando alguien te lo llame queriendo herir tu amor propio. A ese exléjelo que te enseñe, ya que él no quiere hacerlo, porque le conviene que sigas siendo un ignorante, para dominarte mejor y manejarte a su capricho.

Mos.

RESIGNACION.

No hace muchos días, allá, junto a un sagrado templo, en sus mismos umbrales, he visto un cadáver, he visto un hombre muerto... Miré algunos instantes su frío rostro; no le conocía. Sus deterioradas y andrajosas vestiduras indican su misión en la vida. Es un pobre anciano, de plateados cabellos, que se dedica a mendigar las limosnas de las almas piadosas. Fijé nuevamente mi atención en aquel desgraciado y desventurado mendigo. Sentía dolor, me inspiraba lástima. Por mi imaginación pasaban ideas reveladoras, recordando el viejo adagio: "Lo que ves, espera."

Este pobre anciano había caminado toda la mañana por las calles de la ciudad, de puerta en puerta, y casi sin fuerzas para empuñar las aldabas, porque de su cuerpo se había apoderado la debilidad y el frío. Estaba cansado; decidió descansar, según su costumbre, junto a la puerta de una iglesia, esperando alguna limosna. Pasaron algunas horas. La limosna no llegaba... ¡Nadie se acordaba de él!

El frío y la debilidad aumentaba cada vez más, y, al fin, la muerte logró consumir las escasas fuerzas que poseía...

¡Pobre mendigo!... Había muerto en la misma calle. Seguramente caería de hogar, de un triste rincón donde resguardarse del aire y del frío, y de un pobre lecho, aunque fuera duro, donde exhalar su último suspiro.

Pensando esto, miré un instante en derredor y vi grandes y bellos edificios, a semejanza de hermosos palacios, lo que me reveló ira y rabia al ver tendido en el suelo el cadáver de aquel desgraciado que moría al aire libre, en la calle, por carecer, tal vez, de modestísima vivienda.

No pude menos de hacerme esta pregunta: ¿Por qué esos señores viven en elegantes palacios, rodeados de todas comodidades y este pobre anciano habita en la calle, recibiendo su cuerpo la lluvia y el viento azota su rostro?

¿Acaso el primero significa en el mundo más que éste? ¿Es que su fabulosa fortuna la adquirió por el exceso de trabajo? Creo que no. Su naturaleza no está quebrantada; esta indica el haberse pasado una vida de príncipe.

Luego, ¿por qué unos viven en palacios, si en su vida trabajaron y otros trabajando siempre, viven en la calle? ¿Por qué ese pobre anciano se muere de hambre por no tener que comer, y el rico satisface su apetito con exquisitos manjares? ¿Por qué al rico se le admira y al pobre se le desprecia, como si fuera algún malhechor? ¿Por qué es esto? No lo sé... No lo sé... Tal vez sea ignorancia mía. ¡Qué desgracia el ser ignorante! ¡Todo son duelos!

Revelación que en este instante me ilumina. ¿Por qué se nos dice que seamos resignados cuando no existe amor a la humanidad?

¡Resignación, se nos pide a los pobres!

Tengámosla, no perdamos la resignación, mucha resignación, que con toda ella, moriremos hambrientos en la calle...

Ka.

SIN TRABAJO

Quando por la mañana los obreros llegan al taller lo encuentran frío, como entenebrecido por la tristeza de las ruinas. En el fondo de la ancha sala, la máquina está muda, y con sus secos brazos y sus ruedas inmóviles, aumenta la melancolía del recinto; ella, cuyo aliento y cuyo brío anima de ordinario la casa entera, con el latido de un corazón de gigante, inaccesible a la fatiga.

El patrón baja de su pequeño despacho, y dice con aire triste a los obreros:

Hijos míos, hoy no hay trabajo. No vienen pedidos; recibo contraórdenes de todas partes; voy a quedarme con la mercancía en los almacenes. Este mes de Diciembre, con el que contaba, este mes de tanto trabajo otros años, amenaza arruinar a las casas más sólidas... Tengo que suspender mis negocios.

Y como ve que los obreros se miran entre sí temiendo la vuelta al hogar, temiendo el hambre del día siguiente, añade en tono más bajo:—No soy egoísta, no, os lo juro... mi situación es tan terrible, es aun más terrible que la vuestra. En ocho días he perdido cincuenta mil francos. Suspendo hoy el trabajo para no ahondar este abismo; no tengo ni un céntimo siquiera para mis vencimientos del día 15... Ya lo veis; os hablo como se habla a los amigos; nada os oculto. Mañana, quizá, estará aquí el juzgado. La culpa no es nuestra. ¿No es verdad? Hemos luchado hasta lo último. Hubiese querido ayudaros a pasar estos malos días, pero todo ha concluido; ya no me queda pan que compartir con vosotros.

Después les tiende la mano. Los obreros se la estrechan silenciosamente. Y durante algunos minutos siguen allí, con los puños cerrados, mirando sus inútiles herramientas. Los demás días, al romper el alba, cantaban las limas, marcaban los martillos el compás, y ahora todo parece dormir ya en el polvo de la quiebra. Son veinte, son treinta familias que no comerán a la semana siguiente.

Algunas mujeres que trabajan en la fábrica tienen los ojos llenos de lágrimas. Los hombres tratan de aparentar más firmeza. Se hacen los valientes; se dicen que nadie se muere de hambre en París. Después, cuando el fabricante se retira, cuando lo ven alejarse, encorvado en ocho días bajo el peso de un desastre mayor de lo que él confie-

sa, desfilan uno a uno, abandonando la sala, con la garganta apretada y el corazón oprimido, como si salieran de una cámara mortuoria. El muerto es el trabajo, es la gran máquina muda, cuyo esqueleto aparece siniestro en la sombra.

II

El obrero está en la calle en medio del arroyo. Durante ocho días ha roto la suela de sus zapatos sin poder encontrar trabajo. Ha ido de puerta en puerta ofreciendo sus brazos, sus manos, toda su persona para cualquier trabajo, el más duro, el más repugnante, el más mortífero. Todas las puertas se le han cerrado.

Al cabo de ocho días, todo ha concluido.

El obrero ha hecho una tentativa suprema, y vuelve lentamente, con las manos vacías, derregado por la miseria. La lluvia cae: aquella tarde París aparece fúnebre con el lodo. El desdichado recibe el aguacero sin sentirlo, sin oír más voz que la del hambre que le devora, yendo despacio y deteniéndose para tardar más en llegar. Se asoma a un parapeto del Sena: el río, que ha crecido, corre, mugiendo fuertemente; blanca espuma rebota y se rompe en una pilastra del puente. Las aguas embravecidas que pasan llaman con fuerza al obrero. Pero piensa que sería una cobardía, y se aleja.

Ha cesado la lluvia. El gas brilla en los escaparates de los joyeros. Si rompiese un cristal cogería de un solo puñado pan para muchos años. Se iluminan los comedores de las fondas y detrás de las cortinas de muselina blanca ve gentes que comen. Apresura el paso, se dirige a un arrabal, dejando atrás pastelerías, salchicherías, todo el París glotón.

Como la mujer y la pequeña llorasen aquel día por la mañana, les prometió llevarlas pan por la tarde. No se ha atrevido a ir a decirles antes de la noche que ha mentido. Sin dejar de andar, se pregunta cómo entrará en su casa y qué dirá para animarlas a tener paciencia. Sin embargo, es imposible que pasen más tiempo sin comer. El lo lograría, pero la mujer y la niña, ¡son tan poca cosa!

Por un momento tiene la idea de mendigar. Pero cuando una dama o un caballero paran a su lado é intenta tenderles la mano, su brazo se paraliza, se le anuda la garganta y queda plantado en la acera mientras las gentes elegantes se apartan de él, creyendo que está borracho al mirar su cara feo de hambriento.

III

La mujer del obrero ha bajado al dintel de la puerta, dejando dormida a la pequeña. Está en los huesos y tiritaba bajo su vestido de algodón al soplo helado de la calle.

Nada hay en la habitación; lo ha llevado todo al Monte de Piedad. Ocho días sin trabajo bastan para vaciar una casa. La víspera ha vendido a un ropavejero el último puñado de lana de su colchón; así se ha ido todo el colchón; ya sólo le queda la tela, que ha colgado delante de la ventana para impedir que entre el aire, porque la niña tose mucho.

La mujer, aunque sin decirselo a su marido, también ha buscado por su parte, pero la crisis azota más rudamente a las mujeres que a los hombres. En su mismo piso hay desgraciadas a quienes oye sollozar por la noche. Ha visto una inerte en un rincón de la calle; otra ha muerto; otra ha desaparecido.

Felizmente, ella tiene un buen hombre, un marido que no bebe. Nada les faltaría si las paradas no les hubieran despojado de todo. Ha agotado su crédito: debe al panadero, al tendero, a la frutera, y no se atreve ni aun a pasar por delante de sus tiendas. Aquella tarde ha ido a casa de su hermana a pedirle un franco prestado, pero ha visto allí también una miseria tan grande que se ha echado a llorar sin decir una palabra, y las dos hermanas han llorado largamente juntas. Después, al despedirse, prometió llevar un pedazo de pan si su marido volvía con algo.

El marido no vuelve; la lluvia cae; se refugia en el portal; gruesas gotas chapotean a sus pies; polvo de agua cala su miserable ropa. Se impacienta por momentos; sale, a pesar de la lluvia, y va hasta el final de la calle para

ver si descubre a lo lejos a aquél a quien aguarda. Y cuando vuelve está chorreando; no desespera aun sacudida por calofríos de fiebre.

Los transeúntes la codean en su movimiento de ir y venir. Ella se encoge, se achica para no molestar a nadie. Los hombres la miran a la cara; siente a mentido alientos cálidos que rozan su cuello. Todo el París sospechoso, la calle con fango, sus crudas claridades, el rodar de los coches parece que quiere cogerla y arrojarla al arroyo.

Tiene hambre; pertenece a todo el mundo. Enfrente hay un panadero y ella piensa en la pequeña que duerme allá arriba.

Después, cuando al fin llega el marido, deslizándose como un criminal a lo largo de las casas, se precipita, le mira con ansiedad.

—¿Qué hay?—balbucea.

El no responde; baja la cabeza. Entonces ella sube delante, pálida como una muerta.

IV

Arriba la niña no duerme. Se ha despertado y mira al cabo de vela que agoniza en un extremo de la mesa. Algo monstruoso y aterrador pasa por la mente de aquella pequeña de siete años, con las facciones serias y ajadas de una mujer.

Está sentada al borde del cofre que le sirve de lecho. Cuelgan sus pies desnudos, agarrados por el frío; sus manos de muñeca enfermiza recogen sobre su pecho los harapos que la cubren.

Siente allí un ardor, un fuego que querría extinguir. Piensa.

Nunca tuvo juguetes. No puede ir a la escuela porque no tiene zapatos. Recuerda que cuando era más pequeña su madre la llevaba a tomar el sol. ¡Pero ello está tan lejano!... Fue preciso mudarse y desde entonces un gran frío parece soplar en la casa; no ha vuelto a estar contenta; ha tenido siempre hambre.

Es un misterio profundo al que da vueltas sin poder comprenderle. ¿Tiene hambre todo el mundo? Ella ha procurado acostumbrarse, pero no lo ha conseguido. Cree que es muy pequeña; que cuando sea grande sabrá estas cosas. Su madre debe de saber algo que se oculta a los niños. Si se atreviese, le preguntaría quién nos pone en el mundo para hacernos pasar hambre.

Además ¡es tan feo todo en aquella casa! Mira a la ventana donde se agita la tela del colchón, las paredes desnudas, los muebles desvencijados, todo aquel vergonzoso guardiñón que la crisis ensucia con su desesperación. En su ignorancia cree haber visto en sueños hermosas habitaciones caldeadas por un buen fuego, llenas de objetos preciosos que brillaban.

Cierra los ojos para contemplarlas de nuevo y, a través de sus párpados adelgazados, el fulgor de la vela se convierte en un gran círculo de oro, donde quisiera entrar. Pero el viento sopla y la corriente de aire que invade el cuarto es tan fuerte que la acomete horrible acceso de tos. Sus ojos se llenan de lágrimas.

Antes, cuando la dejaban sola, sentía mucho miedo; ahora todo le es igual. Como no ha comido desde el día anterior, imagina que su madre ha ido a buscar pan. Este pensamiento la entretiene; cortará el pan en pedacitos; se los comerá lentamente, uno a uno. Jugará con el pan.

Entra la madre; el padre cierra la puerta.

La niña les mira las manos, muy sorprendida, y como nada dicen, al cabo de un momento repite en tono de canturía:

—¡Tengo hambre, tengo hambre!
El padre se oculta en un rincón; hunde la cabeza entre las manos, y permanece allí, mudo, abrumado, sacudidos los hombros por ruidos y silenciosos sollozos. La madre, ahogando sus lágrimas, quiere que la niña vuelva a acostarse; la dice que sea buena, que duerma.

Pero la niña, cuyos dientes castañean de frío y que siente que el fuego de su pecho la quema más que antes, cobra osadía. Se cuelga al cuello de su madre y le pregunta dulcemente:

—Dime, mamá, ¿por qué tenemos hambre?...

Emilio Zola.

Imp. y Lib. de Núñez.—Salamanca.